Una Mujer

Horacio Quiroga

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9321

Título: Una Mujer
Autor: Horacio Quiroga
Etiquetas: Artículo

Editor: Brian
Fecha de creación: 27 de octubre de 2026
Fecha de modificación: 27 de octubre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Una Mujer

Yo profeso la teoría de que un hombre que está en la línea de fuego tiene bastante que hacer con su tarea para distraerla examinando con ojo crítico la de los demás.

No quiere esto decir que halle mal el que otros lo hagan. Por mi parte, y en mi carácter de soldado raso en el frente desde hace 27 años, no puedo recrearme en tal análisis, cuando para el aprendizaje de mi tarea no alcanza toda la dura atención que vengo poniendo en ella.

Una acción, sin embargo, es a veces de tal magnitud, se yergue a nuestro lado con tal irresistible empuje, que nuestra tarea queda de lado: todo se vuelve ojos para admirar la actitud del heroico compañero.

En tiempos no lejanos yo sufrí una de estas detenciones ante Los Caranchos De La Florida, de Benito Lynch. Hoy tengo una impresión semejante; y como en otras ocasiones tornaría mudo y lleno de optimismo a mi labor, si las singulares circunstancias de contraste entre mi admiración y el silencio ambiente no me decidieran a anotarlas en breves líneas.

Yo tuve siempre simpatía muy marcada por la persona de Rosa García Costa. Más que su poesía, solicitaban aquélla el silencioso trabajar, la modestia extrema, la falta absoluta de bienestar en que la invisible escritora desenvuelve su vida.

Pero cuando apareció su último libro los motivos de fraternal compañerismo cedieron lugar a una admiración muy viva por el poeta. Había en aquel libro suyo cuatro o cinco composiciones de purísima agua. Nadie ignora cuán difícil es hallar poesía en los versos y qué impresión de total

fecundación poética nos dan los sólo tres o cuatro poemas de un libro que hayan absorbido, concentrado y hecho rutilar el alma entera de un hombre o una mujer.

Quedé así muy admirado de la exaltación de ternura de la señorita García Costa, cosa que me interesaba muy poco, pero que ella había logrado infiltrar hasta en lo invisible mismo de sus versos, lo que me interesaba ya enormemente. Y como transcurría el año para los premios municipales de 1926, he aquí, me dije, un libro predestinado. Podrá haber disensiones sobre la calidad del premio a recibir, pero no sobre los méritos de la obra.

Y con esta certeza esperé tranquilo por la autora el fallo del jurado.

Hace pocos días el jurado de literatura ha discernido los premios correspondientes a la producción de 1926; el libro de la señorita García Costa no ha alcanzado a ninguno.

Bien, me he dicho. El entusiasmo me ha cegado, fuera de duda, haciéndome olvidar que otros altos valores poéticos entraban en concurso. Los premios han sido juiciosamente otorgados.

Pero he aquí que a continuación de la lista de los libros premiados, el jurado llama la atención sobre otras diez obras en verso del mismo concurso, y no vuelvo de mi sorpresa al comprobar que entre los diez libros recomendados, y de valer naturalmente decreciente, no figura el de Rosa García Costa.

¿Qué es esto?, torno a decir. ¿Puedo equivocarme de este modo sobre la calidad de un autor? ¿Soy tan insensible a la poesía? ¿He perdido el gusto literario hasta el extremo de errar trece veces seguidas, entusiasmándome con un libro que no llamó la atención del Jurado, ni siquiera en el grado décimotercero de mediocridad?

Inquieto, como es de suponerse en un hombre que a la par de

escribir ha creído tener siempre un sentimiento muy vivo de la poesía, veo apresuradamente a algunos compañeros del oficio, poetas los más de ellos.

—¿Qué opinión tiene usted de la poetisa García Costa? —pregunté al primero.

—Excelente —me responde.

—¿Conoce usted los versos de Rosa García Costa? —inquiero del segundo, prosista esta vez.

—No mucho —elude éste.— pero los tres o cuatro lieder que he leído de ella, me parecen muy buenos.

—¿Y usted? —pregunto al tercero, poeta de alto renombre.— ¿Estima mucho a la García Costa?

—Muchísimo.

—¿Y de qué proviene, prosigo, que nunca haya leído artículo crítico alguno sobre la excelencia de su poesía?

—Lo ignoro —me responde.

Quedo, pues, mudo, confuso y desorientado. ¿Pueden la cultura y el gusto artístico de un escritor atrofiarse, anularse al punto de poner su admiración en un libro que un jurado no mencione ni en remoto lugar?

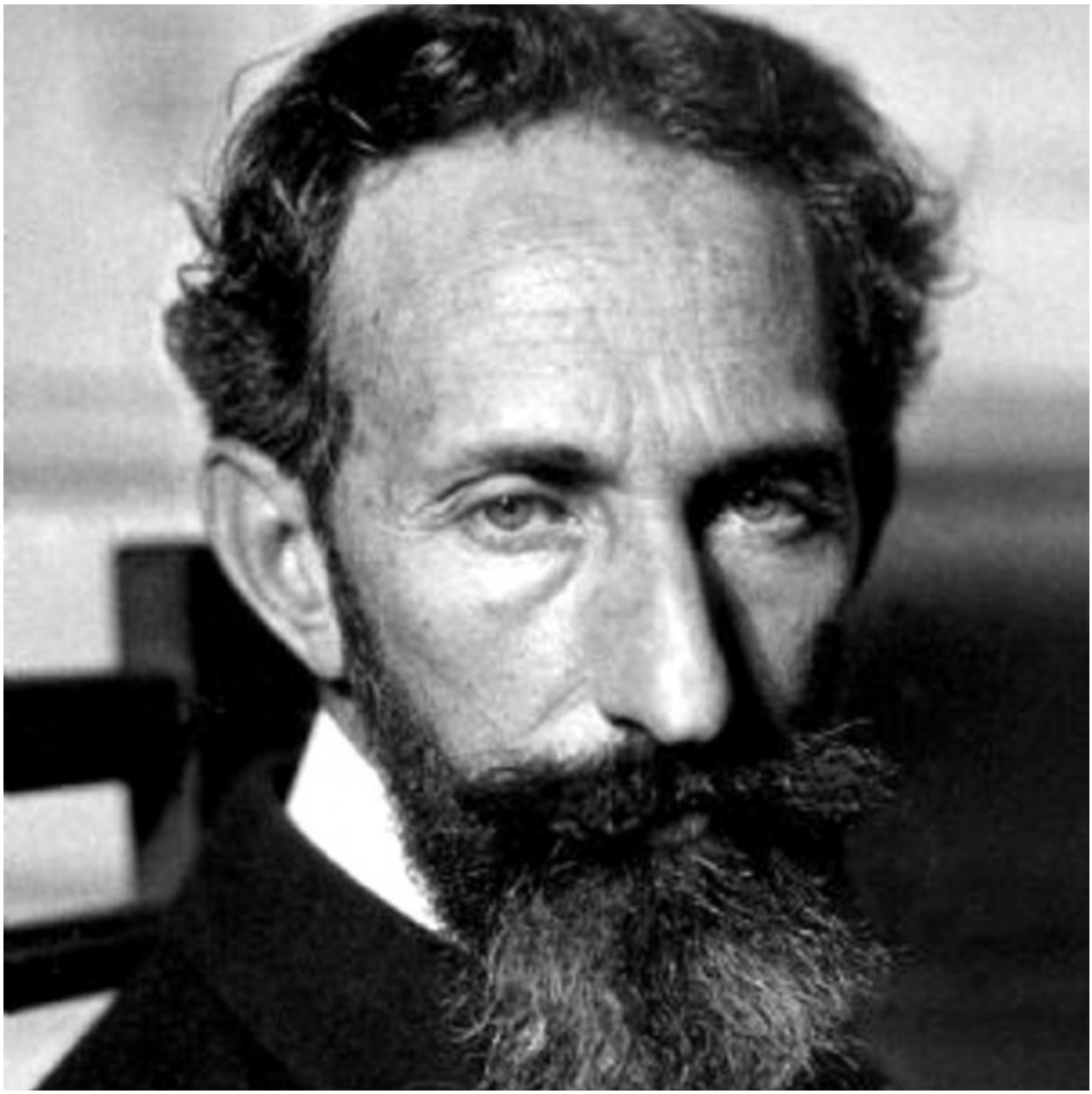
No. Si una nube de confusión se cierne sobre el gusto literario, no es sobre el mío. Desde la misma línea de fuego en que me hallo, y con la misma fe que alienta en mí ante el trabajo noble y su rendimiento, estoy seguro de no equivocarme.

Yo no tengo amistad con Rosa García Costa. La he visto dos veces y he cambiado con ella cuatro palabras. Pero esa mujer tiene en su poesía una capacidad de ternura tan honda, es tan pura y absolutamente femenina en su modo de sentir el

amor y al hombre, que difícilmente se vuelve a ver por muchos años un caso de sensibilidad semejante.

Yo hubiera tenido un placer muy grande de leer un juicio analítico de sus poemas. Ello es función de los críticos. Yo no puedo hacerlo; pero sé lo que es una voz de simpatía lejana que nos llega desde otro campo de batalla; y por esto he anotado esta impresión, a fin de que llegue hasta la compañera.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)